

una reelaboración de la idea de los dos cuerpos del rey de Kantorowicz, pasa a la inmortalidad, es decir muere físicamente y no es reencarnado por otra mujer, como podría ser con el cuerpo político de una reina, sino que muere y queda suspendida. No hay reemplazo. Embalsamada, sobreviviendo como cadáver venerado primero y convaleciente como cadáver profanado luego, Evita reingresa en la historia de la mano de quienes se arrojan su venganza: los Montoneros. Pero antes de llegar a la venganza, Sarlo nos ofrece una exégesis de la venganza en Borges, lo que quiere decir la venganza en la literatura argentina. Para Borges, las pasiones argentinas habían muerto en el siglo XIX salvo excepciones marginales, de suburbio, porque nada ya, en la vida moderna, podía ser tan trágico ni tan grave para concitar la violencia como método. La violencia de las pasiones estaba instalada en la segunda línea de las guerras civiles y no en Palermo ni Barrio Norte, lugares por los que el viejo escritor se pasearía en alguna tarde otoñal. La violencia en el presente era molestia, incomodidad. No es que Sarlo les tire con Borges a los Montoneros, sino que en un reconocimiento personal, la ensayista expresa la centralidad que tuvo para ella la coincidencia en el tiempo de las tres vertientes de este libro. “En 1970, yo no sabía que iba a seguir preguntándome por Borges y que no iba a encontrar nunca una respuesta que me convenciera del todo. En 1970, para mí Borges todavía era un irritante objeto de amor-odio”, señala Sarlo en el prólogo. En agosto de ese año, la revista **Los Libros** le dedica la tapa de su número, a la vez que anuncia el próximo lanzamiento por Emecé de **El informe de Brodie**. Borges sigue escribiendo sobre la venganza del siglo XIX, pero lo hace desde el XX: “Borges ya comenzaba a ser la cifra de la literatura argentina que fue durante las tres décadas siguientes”, dice Sarlo. Dos meses antes, el 29 de mayo, los Montoneros habían secuestrado a Aramburu. Refiriéndose a Evita, Sarlo escribe: “El secuestro de su cadáver toca la sustancia material y simbólica del mito peronista. Cuando los Montoneros reclaman ese cuerpo, en 1970, entienden que sus actos responden a ese sustrato imaginario del peronismo. Llegan desde afuera con la aspiración de colocarse en el centro mismo del movimiento. Al tocar a Aramburu para llegar a Eva, tocan ellos también una cifra”. También *Montoneros* es una palabra del siglo XIX. El secuestro de Aramburu le habría im-

puesto una bisagra al relato político nacional. Hasta 1970, el peronismo se debatía entre el complejo entramado de delegados de Perón, la trama sindical crecida durante la proscripción daba signos de agotamiento y aparecía ante el conjunto demasiado ligada a los acuerdos corporativos. Por otra parte, los efectos de la nueva izquierda, que irrigaba tanto sobre amplios sectores del sindicalismo a nivel nacional y provincial, como sobre la juventud, la universidad, la Iglesia, tenían su impacto en un medio cuya dirección de mano única parecía la radicalización política y social. Dos años antes se había formado la CGT de los Argentinos, exactamente un año atrás se producía el Cordobazo, y la fecha del 29 de mayo elegida para la Operación Aramburu tenía como objeto jugar, a modo de celebración, una carta decisiva en la historia política argentina. Sarlo separa el magnicidio de Aramburu de la serie de asesinatos de líderes sindicales y políticos. En 1969, cuando aún no se había presentado en sociedad Montoneros, caía Augusto Timoteo Vandor, pero sólo años después la organización se adjudicaba la autoría. En cambio, no hubo dudas sobre los asesinatos de José Alonso y José Ignacio Rucci. Pero la Operación Aramburu es un acto profundo que golpea tanto sobre el peronismo como sobre las Fuerzas Armadas y la política. Es un desafío a la historia, y es su reordenamiento. Este es uno de los argumentos centrales de Sarlo, quien al principio del libro confiesa: “Festejé el asesinato de Aramburu. Más de treinta años después la frase me parece evidente (muchos lo festejaron) pero tengo que forzar la memoria para entenderla de verdad. Ni siquiera estoy segura de que ese esfuerzo, hecho muchas veces durante estos años, haya logrado capturar del todo el sentimiento moral y la idea política (...) Quiero entenderla, porque esa que yo era no fue muy diferente de otras y otros; probablemente tampoco hubiera parecido una extranjera en el grupo que había secuestrado, juzgado y ejecutado a Aramburu. Aunque mi camino político iba a alejarme del peronismo, en ese año 1970 admiré y aprobé lo que se había hecho”. En el primer tomo de **La voluntad**, Nicolás Casullo recuerda las repercusiones inmediatas del hecho²⁷. Relata el comentario de Daniel Hopen, organizador por entonces del Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura (FATRAC), del PRT. “La ejecución de Aramburu se asemeja al

modelo de operativo anarquista —había dicho Hopen—, históricamente anarquista. Digo, en la medida en que los montoneros no piensan en la correlación de fuerzas, en su propia envergadura como organización revolucionaria. Piensan un acontecimiento extremo, un atentado conmocionante, algo que haga saltar todas las referencias del momento. Buscan un cadáver altamente significativo de las fuerzas enemigas. Algo que catapulte a la historia a otra circunstancia. El cadáver de Aramburu abre una brecha nueva, y sobre esa brecha comienza ahora a pasar la historia. Sobre ese muerto se reconfiguran las cosas, más allá de las consecuencias directas e inmediatas sobre la propia organización. Es el viejo y clásico modelo anarquista de principios de siglo, cuando se dedicaban a matar reyes”. Hopen criticaba la espectacularidad y la desproporción del acto, en relación con las posibilidades de la guerrilla en la Argentina. Como si el hecho abriera un tajo en la realidad demasiado grande para las fuerzas con que se contaban.

Sarlo pareciera retomar esta reflexión, pero dándole una dimensión literaria y política, al entreverar tres mitos contemporáneos. En alguna instancia, hasta podría pensarse que el único personaje moderno de esta historia es Evita. Tal vez, Montoneros fue una organización del siglo XIX narrada por Borges, pero que actúa en 1970, cuando las pasiones hacía rato que debían haberse extinguido. Y no lo hicieron.

Gabriel D. Lerman
UBA / CeDInCI

*A propósito de Tulio Halperin Donghi, **La República imposible (1930-1945)**, Buenos Aires, Ariel, 2004.*

La República imposible (1930-1945) es el título del tomo quinto de la *Biblioteca del Pensamiento Argentino*, colección editada por Ariel y empresa que ha supuesto un esfuerzo amplio por repensar la historia argentina a través de la presentación, comentario, interpretación y publicación de una cuantiosa cantidad de documentos escogidos por los autores encargados de cada uno de los volúmenes.

Los documentos históricos que se reproducen en **La República imposible** han sido aquellos que se han considerado especialmente relevantes para analizar un período histórico signado —en la política nacional— por dos dictaduras militares en sus extremos y el fraude político como su característica más notable y particular entre 1932 y 1943, y conmocionado —en la esfera internacional— por una inicial crisis económica de magnitudes insospechadas y una epilógica y mortífera guerra mundial entre 1939 y 1945, fenómenos que —en ninguno de los dos casos— dejaron de tener amplias repercusiones en nuestro país.

En esta ocasión, el director de la obra general y el autor del volumen particular confluyen en la misma persona, el historiador Tulio Halperin Donghi, por lo que la coherencia de la parte con el todo parece estar garantizada. En celebración de dicha afinidad, más que transitar una antología de fuentes, problemático y polémico género que supone la existencia de determinados documentos *mejores* que otros —allende el contexto en que se los inserta—, Halperin Donghi ha preferido realizar una selección de textos históricos, relevantes por su capacidad de interactuar con la personal presentación e interpretación que el autor ha desarrollado acerca del período escogido.

El punto de vista en ese sentido privilegiado, se encuentra colocado sobre la analizada que trunca tarea de construcción republicana en nuestro país, tal como la pensó la generación del '80 y tal como la intentaron concretizar sus cuestionados herederos. De esta manera, el tomo aquí reseñado se comprende mejor como epílogo de los dos volúmenes que lo preceden, y que refieren a las diversas vidas y muertes de las Repúblicas posibles y verdaderas en la Argentina²⁸.

Esa elección realizada resulta mucho más interesante que la mera reproducción antológica de textos, porque evita la presentación inconexa de las fuentes y promueve que aquellas puedan ser rescatadas por el lector para validar —o poner en cuestión—, a través de su relación con el estudio preliminar, la explicación halperiniana sobre este polémico período de nuestra historia.

La selección de textos, aunque atada a la interpretación histórica de su realizador, no supone sin embargo, de ninguna manera, un ensayo de voluntario *excentricismo* en la recolección de fuentes, ya que muchos de los textos elegidos integran la

lista de fuentes frecuentemente recorridas y copiosamente citadas por otros historiadores (bastaría para certificar lo dicho, la mención a ciertos momentos de la disputa parlamentaria que, acerca del llamado *negocio de las carnes*, enfrentó a de la Torre con Duhaio o los fragmentos de **Radiografía de la Pampa** de Martínez Estrada, que son reproducidos en **La República imposible**).

Lo que sí resalta en estas fuentes, es que están puestas en dimensión con otros documentos, menos prolíficamente citados, y que han sido detectados por la —en apariencia— casi omnisciente capacidad *archivística* de Halperin, que puede en esta nueva incursión por la historia argentina, *mostrar* al lector —a través de las fuentes concretas y de manera más acabada y convincente de lo que en otras ocasiones la atareada redacción permite— la multitud de matices y complejidades que en ella anidan.

En todo caso, es cuando sucede la concurrencia de ambas estrategias, la de la sutileza narrativa y la de la confrontación documental (como en el interesantísimo segmento dedicado a la prisión de Salvadora Onrubia en la cárcel uriburista²⁹), cuando este libro demuestra su carácter sugestivo y fundamental para quienes estudiamos el período.

Precisamente, aquellos que nos interesamos específicamente por los últimos años que abarca el período, comprobaríamos que si tuviéramos que elegir un documento que sintetizara de manera adecuada nuestra investigación a ojos de un público más amplio, ese documento ya ha sido expuesto (o al menos revisado y desechado por razones de espacio) en esta copiosa selección.

Más allá de no poder comulgar personalmente con cierta visión de este período, que pareciera expresar Halperin, y que tiende a pensarlo privilegiadamente en su carácter de contraste negativo y degenerativo con respecto de la época pasada, lo que parece resaltar —y que es lo que creemos verdaderamente importante— es la capacidad de este libro de *poner las cartas sobre la mesa* y atreverse a exponer la interpretación histórica desarrollada junto con la siempre inquietante poliseñía de las fuentes.

Lamentamos, únicamente, cierto afán por no presentar las fuentes elegidas de manera íntegra, que en ciertos casos ha promovido una *pada* que le quita algo de coherencia lectora a los textos, y que se hace más sensible en los casos de docu-

mentos *claves* del período, como en la reproducción del manifiesto del Doctor Ortiz al pueblo argentino, al que le son sustraídos —en esta selección— unos 15 de sus 22 párrafos originales³⁰.

De cualquier manera, más allá de estas observaciones personales y aunque conscientes de estar alimentando el *mito Halperin*, consideramos imprescindible la lectura de **La República imposible**, en tanto hay pocas posibilidades que, a futuro, pueda realizarse una obra de carácter general sobre el período que esté tan bien e inteligentemente documentada y presentada y que resulte tan útil para aquellos investigadores o interesados en esa etapa de la vida argentina.

Andrés Bisso

UNLP / CeDInCI

*A propósito de Sandra McGee Deutsch, **Las derechas. The Extreme Right in Argentina, Brazil and Chile, 1890-1939**, Stanford, Stanford University Press, 1999.*

El libro de Sandra McGee ofrece el más completo registro hasta el momento de las doctrinas y prácticas políticas de la ultraderecha en el Cono Sur. Conocida entre nosotros por su estudio pionero sobre la Liga Patriótica Argentina (**Counterrevolution in Argentina**, Nebraska, 1986), en **Las Derechas** McGee redobla la apuesta y procura mostrar el derrotero de los grupos más radicalizados de Argentina, Brasil y Chile en el medio siglo posterior a 1890. Su análisis se concentra en la composición de clase y de género de estos grupos, su capacidad para adaptarse al *tem-po* político y para combinar de una manera original las ideologías provenientes de Europa. En ese sentido, la mirada de McGee procura eliminar algunas de las suposiciones más comunes al respecto: la extrema derecha en ocasiones recurrió a la movilización (incluso de mujeres a pesar de su énfasis en la masculinidad y la promoción de la violencia y la fuerza física); realizó críticas anti-capitalistas o anti-imperialistas; alentó posiciones económicas progresistas; y si bien compartía una larga sospecha sobre los judíos e inmigrantes, no siempre fue racista.